

LA EXPOSICION DE GRABADOS BELGAS

Vamos a escribir, sin mucho detenimiento, de la magnífica muestra de grabados belgas que se exhibe en los Salones de la Comisión Nacional de Bellas Artes.

En la imposibilidad de afirmar un juicio de cada obra o de cada autor —son 136 artistas los que exponen— queremos arrancar una enseñanza en esta ofrenda de arte que se nos acerca a través de las enormes distancias.

Llega en buena hora este envío, porque gracias al empeño de un valioso grupo de artistas nuestros, ha acrecido día tras día su predicamento este difícil género de la plástica; y nuestros Salones de Dibujo y Grabado, ya segregados del Salón anual, han adquirido su prestigio que los pone "a la page" con los mejores Salones europeos.

Un sentido de equilibrio y de serenidad denuncia esta muestra. Al verla rápidamente, creeríamos que sólo ocho o diez artistas se muestran en un conjunto que esconde tantas firmas. Pasada la hora de la tragedia, toda convulsión espiritual se ha serenado, y la palabra de arte, si es incisiva y a veces tajante, no se abandona al desarreglo de la hora. Así como este pueblo paciente y sufrido fué de los primeros en las conquistas de recuperación, así sus artistas han retomado su camino de noble expresión plástica, sin caer en la terrible tentación de las escuelas perturbadoras.

Una cosa enlaza por su base esta nuestra diversa. Y es un sentido de honradez artística y de profundidad del oficio, que les permite a los creadores dar su emoción con una palabra clara, "que no miente jamás", y que envuelve la metáfora plástica en toda la riqueza de un lenguaje perfecto. Una tentación espiaba por encima de las fronteras vecinas, y era la de caer en una plástica anárquica, rebelde, osada y vanidosa, que echando por tierra toda tradición artística —y también todo proceso difícil— se expresara con una libertad rayana en el desvío. Fué así vencido ese llamado. Pero no quedó anclada esta escuela, a formas viejas y secas, sino que, dándose en una leal renovación estética, pudo mantener sus prestigios de conquista moderna, sin haber perjurado de los recursos de las grandes técnicas, heredades de su pasado.

Es por eso que se han podido acercar las obras más tradicionalistas, con las obras más modernas. Y que un Víctor Déchez, en su refinada técnica xilográ-

fica que lleva a lo imposible sus juegos de aterciopeladas medias tintas, puede vivir al lado de un Frans Masereel con el juego avaro, desnudo, austero de sus manchas de negro, conjugadas en su tensión expresiva. O que un James Tustor, avanzado genial de lo que trajo después el servilismo, pueda expresarse junto al opulento y preciosista lenguaje de un Jules de Bruycker.

Y este amor hondo al "métier", con sus herramientas, sus planchas, sus maderas, sus ácidos, sus tintas, y la frágil trama de todos los papeles, lo que denuncia esta disciplina artística. Un rigor de artesanía, de vencer todos los escollos, para conquistar después toda la libertad —la noble libertad— en la expresión artística. Con ese bagaje de conocimientos, puede mantener esta escuela moderna, su independencia y su altivez, sin romper con su tradición artística. Su camino de salvación lo ha encontrado, como hemos dicho tantas veces, profundizando en un acendrado amor al dibujo y agotando todos los recursos de la técnica. Y, sobretodo, persiguiendo la emoción directa, sana y accesible, y no la quintaesenciada emoción, lujo de una casta privilegiada, con una pretendida obra de supercategoría.

Es así que todo lo que es Bélgica con sus prados, sus ríos, sus puentes, sus "bequinages", sus torres y sus campanarios, sus mineros, sus pescadores, sus paisanos y sus fiestas populares; y en un sector amargo, con todo lo alusivo a la tragedia vivida dos veces, ya por la sangrienta alusión irónica a los falaces pactos de los Congresos, ya por la presencia viva de la llaga y de la lágrima.

Todo lo que da ese maravilloso pueblo trabajador, todo ha encontrado un cauce natural y humano en la palabra viva del artista para expresarse por el canto o por el gusto. Y así, es el propio creador de belleza, el que integra la falange del trabajo renovador —un obrero más en la preparación del luminoso futuro de su pueblo.

Es esta lección admirable, de perfecta artesanía y de humildad artística, en el resguardo de una noble tradición, que ha aceptado la renovación de la hora, sin caer en el caos lo que queremos dejar sentado, asaz someramente, como una manifestación de gratitud y de homenaje a ese grupo admirable de artistas que hoy nos tienden sus manos.

C. Herrera Mac Lean.